

# LUIS MUÑOZ MARIN



Carmelo Rosario Natal

**LUIS MUÑOZ MARÍN**  
**JUICIOS SOBRE SU**  
**SIGNIFICADO HISTÓRICO**

*Recopilación, presentación y prólogo por*  
**Carmelo Rosario Natal**

**LUIS MUÑOZ MARÍN**  
**JUICIOS SOBRE SU**  
**SIGNIFICADO HISTÓRICO**

Recopilación, presentación y prólogo por  
**Carmelo Rosario Natal**

**Fundación Luis Muñoz Marín**  
**San Juan de Puerto Rico, 1990**

© Copyright 1990  
*Fundación Luis Muñoz Marín*

Diseño y foto de portada: *Jack Delano*

**Tipografía:**

M.I.S.C.E.S. Corp.  
Apartado 2366  
Carolina, Puerto Rico 00630  
Tels. (809) 762-1029 / 768-6485

*Se permite la reproducción  
del texto de este libro  
otorgando el debido crédito a la  
Fundación Luis Muñoz Marín.*

**Dirigir toda correspondencia a:**

*Fundación Luis Muñoz Marín*  
Apartado 2367  
San Juan, Puerto Rico 00936  
Teléfono: (809) 755-7979

## CONTENIDO

Presentación .....	7
Prólogo .....	10
<i>por Carmelo Rosario Natal</i>	
1. Luis Muñoz Marín .....	19
<i>por Robert W. Anderson</i>	
2. En la muerte de Luis Muñoz Marín .....	24
<i>por Jaime Benítez</i>	
3. Muñoz: Ese gran revolucionario .....	28
<i>por Fernando Chardón</i>	
4. La muerte de un coloso .....	32
<i>por Eliseo Combas Guerra</i>	
5. Adiós a un amigo .....	37
<i>por Luis A. Ferré</i>	
6. Luis Muñoz Marín .....	41
<i>por Raúl Gándara</i>	
7. Evaluación de la personalidad de Don Luis Muñoz Marín .....	46
<i>por Miguel A. García Méndez</i>	
8. Oración fúnebre (Selecciones) .....	49
<i>por Rafael Hernández Colón</i>	
9. Requiem for a Jost leader .....	54
<i>por Gordon Lewis</i>	
10. How will history treat Muñoz? .....	61
<i>por Harold J. Lidin</i>	

11. Muñoz y la época de decencia .....	64
<i>por Alex W. Maldonado</i>	
12. Luis Muñoz Marín .....	68
<i>por Juan Mari Brás</i>	
13. ¡Buenas noches, Muñoz! .....	74
<i>por Manuel Méndez Ballester</i>	
14. Los ochenta años de Muñoz Marín .....	79
<i>por Arturo Morales Carrión</i>	
15. Un poeta, forjador de un pueblo .....	83
<i>por Roberto Rexach Benítez</i>	
16. Muñoz Marín y Puerto Rico .....	91
<i>por Manuel Rivera Matos</i>	
17. Luis Muñoz Marín (1898-1980) .....	95
<i>por The San Juan Star (Editorial)</i>	
18. Ha caído un titán .....	99
<i>por Salvador Tió</i>	
19. Maestro en democracia .....	106
<i>por Ismaro Velázquez</i>	
Las fuentes .....	109

## P R E S E N T A C I Ó N

**C**on motivo del deceso de Don Luis Muñoz Marín (1898-1980) se ha suscitado entre crecientes sectores de la población puertorriqueña un comprensible interés por conocer más de cerca los detalles de su vida y el sentido y significado de su paso por nuestra historia. De sus honras fúnebres —espectáculo jamás visto en los anales de Puerto Rico— se destacó algo verdaderamente excepcional en nuestro medio: un pueblo unido en sentido homenaje de afecto y reconocimiento al hombre y su obra, a pesar de las profundas diferencias que lo dividen en su cotidiano desenvolvimiento.

A muchos nos llamó poderosamente la atención las decenas de miles de niños, jóvenes y adultos que bordeaban las avenidas, calles y carreteras del país, en medio de una diversidad de ademanes, que iban desde las lágrimas que vierte el que sabe, pasando por la mera curiosidad del no informado, y terminando por la pregunta seria —tal vez formulada por primera vez— sobre el motivo de tan especial demostración por aquel hombre.

*Examinando la prensa del país de los días que rodearon la desaparición de Luis Muñoz Marín, encontré una serie de ensayos breves, escritos por personalidades de la política, las letras, el periodismo y el servicio público, en torno al significado histórico del ilustre hijo de Muñoz Rivera. Los escritos son de alta calidad y de sobriedad reflexiva y ameritaban, a mi juicio, que se les recopilara y se hicieran accesibles al gran público en un pequeño volumen. De este modo se aportarían elementos de juicio adicionales para iluminar aspectos del debate, que continúa, sobre la singularidad de la figura más importante y controversial de nuestros anales.*

*Los diecinueve ensayos que se reproducen recogen observaciones hechas desde perspectivas apologéticas en muchos casos; críticas y cuestionantes en otros. En todas las instancias predomina, no obstante, el respeto, la admiración y el deseo de equilibrio en la emisión de los juicios. En la muerte del prócer no sólo se le reconoce su valía histórica, sino que el peso mismo de su prestigio obliga a la reflexión seria, no partidaria, a correligionarios y adversarios por igual.*

*Otros menesteres y proyectos, que me ocuparon en la década recién terminada, impidieron la publicación de este libro a los pocos meses de la muerte de Muñoz Marín, como intenté hacerlo originalmente. Tal vez fue mejor así. Ahora tenemos más perspectiva en el tiempo, contamos con la aparición de otras obras sobre el tema, las pasiones están más serenas y tenemos a nuestro alcance las facilidades investigativas de la **Fundación Luis Muñoz Marín**. Este nuevo contexto es más propicio para evaluar el impacto histórico del fundador del Estado Libre Asociado y primer gobernador electo por los puertorriqueños con menos prejuicios y más ciencia.*



Agradezco a todos los autores y a los diarios donde aparecieron sus textos los permisos que me concedieron para la publicación proyectada. Al distinguido profesor retirado de Ciencias Políticas, Dr. Robert Anderson, le doy las gracias por el ensayo inédito que remitió a instancias mías y que posteriormente se publicó en el **San Juan Star**. Del mismo modo, reitero mi agradecimiento al Lic. Miguel Angel García Méndez, quien también me envió un ensayo inédito para el proyecto inicial. Este trabajo eventualmente se lo publiqué en mi columna dominical de **El Mundo**, "Temas históricos de Puerto Rico".

A esta breve presentación sigue un escrito en el que expongo algunas ideas y valoraciones propias sobre Luis Muñoz Marín. En 1981 la Asociación de Pensionados del Gobierno de Puerto Rico me invitó como orador del día para su asamblea anual, dedicada en esa ocasión al primer aniversario de la muerte de Muñoz Marín. Allí hablé sobre Muñoz Marín como humanista social. Mis palabras de entonces, ligeramente editadas y ampliadas, constituyen el prólogo de esta colección antológica.

Termino dedicando un respetuoso recuerdo a seis de los ensayistas que, según observarán los lectores, dejaron de existir en el transcurso de la década pasada.

## PRÓLOGO

**P**or años hemos leído y oído que Luis Muñoz Marín fue inconsistente y contradictorio y que una de las más graves consecuencias de sus contradicciones e inconsistencias ha sido este Puerto Rico de hoy, deteriorado espiritual y moralmente. Según esta apreciación, Don Luis, al subordinar todos los métodos y objetivos a la solución del problema de la miseria extrema, descuidó la salud moral de su pueblo y ese balance entre la vida material y espiritual que idealmente se debe perseguir. Por tal razón, deberá responder ante la Historia. ¿Es justa e históricamente sostenible esta posición? Es sobre este tema que quiero reflexionar brevemente.

No es necesario volver sobre los detalles de lo conocido. Basta con que repasemos lo que sabemos de la historia del siglo XX en Puerto Rico, sobre el legado ideológico-metodo-

lógico que le transmitió Muñoz Rivera a su hijo y sobre las desgracias múltiples de aquel “reguerete” de personas física y moralmente deshilachadas que Don Luis dirigió hacia la esperanza y la dignidad, para atrevernos a anticipar de inmediato que es injusto e insostenible el juicio negativo expresado. La frase “la historia habla por sí misma” no es en este caso una frase vacía y abusada. El que conoce, sabe; y el que sabe puede ser justo, aunque a veces no quiera serlo, aun sabiendo. Aquella masa humana de todos los colores, edades, y convicciones políticas que le acompañó curiosa, sollozante y agradecida en el momento de su muerte, conocía y sabía. Conoce y sabe y supo ser justa. Ese fue el primer mentís: el entierro más grande y apoteósico, por mucho, que recuerda toda la historia de Puerto Rico.

Pero hay más. Poco después de dedicarme al estudio en serio de la vida y la obra de Don Luis Muñoz Marín, descubrí un día del año 1973 que otro de mis maestros, también discípulo de Don Luis, había escrito de una manera concisa e insuperable lo que muchos de nosotros hemos percibido sobre la arquitectura mental y espiritual de *El Vate*. Dice Gustavo Agrait en un ensayo del año citado: “Luis Muñoz Marín mantuvo una ejemplar lealtad a los principios básicos del ideario que había declarado como suyo y propugnado y defendido desde muchos años antes de haber siquiera considerado la posibilidad de entregarse a la lucha política en la forma en que más tarde hubo que hacer”. Más adelante señala que en Muñoz “encontramos unas creencias fundamentales, que sorprenden por lo escasas y reiteradas pero que admiran por lo entrañadas y consecuentes”. Esta idea queda finalmente avalada por una feliz y pertinente cita de Unamuno que Agrait trae a colación: “Los más grandes genios han sido espíritus de unas pocas y sencillas

ideas expuestas con más vigor y eficacia y con más uniformidad y constancia que los escritores de no más que talento regular. Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea, ideas encarnadas. En fuerza de vivir una idea sencilla, pero noble y fecunda, han logrado presentárnosla bajo todas sus formas”.

Observen los dos elementos que destacan Agrait y Unamuno. Primero: Muñoz Marín era hombre de pocas ideas reiteradas. Segundo: Muñoz Marín fue consistente y leal con esos principios básicos de su ideario. ¿Cuáles fueron esos principios? Fueron:

- a) respeto a la dignidad de todo individuo;
- b) la igualdad de todos los hombres;
- c) lealtad a la democracia y al voto libre;
- d) defensa de la libertad real, la que merecen y necesitan los hombres de carne y hueso y espíritu, “a quienes no puede recortársele ni sacrificársele unas libertades sociales, económicas y culturales en aras o con el pretexto de protegerle otras”.

Es este compromiso con la libertad real, integral, no con la libertad abstracta, lo que hace de Luis Muñoz Marín uno de los más grandes y reconocidos humanistas sociales de toda América. Por “humanismo” y “humanista social” entiendo el complejo y la variedad de esfuerzos de cada hombre inserto en la sociedad para lograr –o por lo menos intentarlo– acercarse al ideal del hombre de espíritu completo y redondo. Pero este humanista que concibo no merece el apelativo si no está comprometido a intentar lograrse él como hombre integral en el proceso de hacerlo para sí y para los otros. Me logro como

ser humano, no en el aislamiento aristocrático de un humanismo literario y libresco, sino en la brega diaria y concreta de mi vida con la de los otros seres de carne y hueso. Me logro en sociedad. Me acercaré al ideal del hombre completo si trasciendo el egoísmo y la limitación que implica el humanismo concebido como mera filantropía ilustrada. Seré un humanista social cuando mi libertad se logre en el servicio de la libertad integral de los otros seres humanos.

Esta definición del humanista fue la que aprendí de la vida, la obra y el ejemplo de Don Luis Muñoz Marín. Ese mismo Don Luis que en su juventud había pecado de humanista poético, teórico y libresco. Pero sabemos que evolucionó hacia enfoques dinámicos y prácticos, comprometido con el cambio social pacífico y democrático que propiciara oportunidades de vida a los desheredados de la fortuna. Nuestro humanista social vivió desde entonces persiguiendo el ideal de la VIDA BUENA para los puertorriqueños. Aquel sabio continental que nunca completó grado académico alguno quería una vida buena para nosotros, una vida buena en esperanzas, dignidad y libertad real. Debemos recordar su primer mensaje a la Asamblea Legislativa como gobernador electo por el pueblo. ¿Qué espera de nosotros el pueblo que nos eligió?, se preguntaba aquel 23 de febrero de 1949. Contestación: “Espera de nosotros no solamente programa sino también actitud. No puede haber programa grande con actitud pequeña”. ¿Cuál sería la actitud grande que regiría su vida como figura pública? “Lograr más vida buena al alcance de más gente cada día —escribe— y definir y educar lo que entendemos por vida buena. La buena vida no es siempre vida buena. Frecuentemente está muy lejos de serlo. La mala vida de miseria e inseguridad nunca es vida buena, aunque hay mucha gente buena que la vive.

Estando empeñados en la producción hemos de preguntar: ¿Producción para qué? ¿Producción para que sirva a qué clase de vida? La producción económica por el mero impulso de producción, sin objetivo de la vida que la guíe, sólo conduce en el mundo moderno a glotonerías de propiedad y a enredos del espíritu. Se produce para que la gente tenga vida buena". Tres lustros después, al iniciarse el último año de su cuarto mandato como gobernador, reiteraba su advertencia con verbo más preciso y elaborado. El hombre que planea retirarse nos habla en febrero de 1964 de EL PROPÓSITO DE PUERTO RICO. No podía Muñoz Marín dejar el poder ejecutivo sin insistir una vez más en su prédica. No podía dejar de ser maestro. Es casi como oírlo decir con aquella grave y timbrada voz: "Se lo digo una vez más, no se olviden del propósito de la vida buena; únanse para combatir el acento materialista de la cultura que ya nos rodea". En pleno apogeo de su poder, en tiempos de bonanza económica, el humanista social, ya más que gobernador, hombre de estado, se levanta sobre las banderías y proclama: "El propósito de Puerto Rico no puede ser el mero progreso económico, porque Puerto Rico si va a ser el Puerto Rico que queremos y respetamos, no ha de tener sólo hambre de consumo, sino también hambre de ser de justicia, arte, ciencia, comprensión y buena convivencia humana. No ha de conformarse con la abundancia material sin la excelencia moral y espiritual". Y continuaba Don Luis elaborando los seis puntos específicos que constituían el propósito de Puerto Rico:

- a. plena educación
- b. máxima salud
- c. hogar propio para cada familia

- d. balance entre lo rural y lo urbano y desarrollo ordenado de las ciudades
- e. más control por los puertorriqueños de su economía
- f. abolición de la pobreza extrema.

Este es el programa. Puesto que es “lo que se debe hacer, se puede hacer”. Así rubrica, con esta frase ya famosa, su idea matriz de humanista social.

Pero examínese la vida de este hombre durante los otros dieciséis años que le tocó vivir desde su retiro del poder en 1964. No dejó de advertir, no se cansó de llamar la atención, no desfalleció en su clamor de que se lograra aquella OPE-RACIÓN SERENIDAD de que habló en su discurso de Harvard de 1955. La misma idea con otro nombre. Siempre un llamado a su sueño de un Puerto Rico equilibrado en pleno disfrute de su humanidad y libertad integral.

Quienes hayan examinado mi libro **La juventud de Luis Muñoz Marín** (1976) quizás convengan conmigo en que la rica variedad de fuentes que nutrió su pensamiento originalmente, delineó en su mente y en su espíritu para siempre lo que sería su proyecto grande de la vida buena para Puerto Rico. A ello había que subordinar todo, hasta el ideal político de la independencia. El independentista y socialista de los primeros tiempos tronaba angustiado y rebelde contra la sociedad absurda e injusta. Pero “el panfletista de Dios” tuvo que convertirse en el practicante supremo del pragmatismo político en nuestro país. Tuvo que ahogar sus sueños para meter mano a la realidad sucia y hambrienta. Los versos más importantes del famoso poema de 1920 no son los finales, sino los que anticipan lo que sería su destino histórico: *“He ahogado mis sueños / para saciar los sueños que duermen en las venas / de los*

*hombres que sudaron y lloraron y rabiaron para sazonar mi café*". Nuestro humanista social descubre que la verdadera libertad es la que no tienen esos hombres. Por eso se entrega al jíbaro desnudo que describe en otro poema como "esqueleto pudoroso". Se entrega al proletario, de quien nos dice también en versos, que sufre monótonamente su explotación a través de los siglos ante el profundo silencio de Dios y de los hombres. ¿Cómo podía ser él personalmente libre si no hacía algo por romper esas cadenas del silencio? No podía conformarse con aquello de "dennos la independencia aunque nos muramos de hambre". Había que conocer aquella hambre que estrangulaba estómagos, embrutecía cerebros y borraba esperanzas. No se pueden cultivar las facultades superiores del hombre si no se está vivo físicamente. No se puede aspirar a la vida buena, ni siquiera a la buena vida, si no se tiene *joie de vivre*. Y no se puede tener alegría de vivir si se vive en la explotación secular, en el hambre y en la miseria extremas.

Decía al principio que se acusa a Luis Muñoz Marín de ser culpable ante la historia del proceso de deterioro moral que padece el Puerto Rico contemporáneo. Curiosamente, el juicio lo emiten, precisamente, muchos que no creen que los héroes y los grandes líderes hacen la historia. Yo no creo que los héroes solamente hacen la historia. Sólo que, si usted acusa a alguien de ser responsable por el estado de situación de todo un pueblo que pasa por un complejo proceso de crisis social, no puede al mismo tiempo negar que los héroes hacen la historia. Se comienza acusando a Muñoz Marín de inconsistencias y contradicciones —que no hay que negar que las tuvo— y termina el acusador enredado en una contradicción propia. Lo justo, lo históricamente documentable, es destacar la consistencia y la lealtad con que Luis Muñoz Marín se entregó a



su pueblo. Cuando tuvo que tomar la decisión valiente, lo hizo. Cuando tuvo que rectificar errores, lo hizo. Lo que nunca hizo fue anteponer el concepto abstracto y sentimental a la realidad viviente de los hombres que sufren de verdad. Contradicciones e inconsistencias las tuvieron muchos grandes líderes. Pero éstos también tuvieron una consistencia mayor. A Muñoz Marín se le reconoce en su compromiso noble y fecundo con la justicia social. A eso se refería Unamuno: "Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea". Los hubo de muchas ideas, y respetables. Pero nuestro humanista social fue el hombre de la idea encarnada en realidad de pueblo que salió de la desesperanza y comenzó a luchar por su dignidad.

La realidad social que soñaba ver Muñoz Marín quedó trunca, como sabemos. El Puerto Rico dedicado a trabajar, a levantarse y a mantenerse por su propio esfuerzo, imagen que permea las páginas de innumerables discursos suyos, parecía encaminado hacia la mentalidad de la sociedad mendiga, contra la que nos previno desde su rincón de Trujillo Alto. Yo sé cuánto sufría el patriarca. Lo conocí bastante bien en sus últimos años. El pintor Rodón captó magistralmente aquella pena. Pero sabemos que la grandeza de los grandes se mide por lo que lograron, más que por lo que no lograron. Lo que se logró está ahí a la vista de todos. No hay que ir lejos. Yo soy parte de lo que se logró. Nacido en 1935, me tocó vivir la transición hacia el Puerto Rico moderno e industrial. A los siete años todavía padecía de parásitos intestinales. Pero había escuelas y purgantes de sal sosa y cápsulas de pasote. Desaparecieron los parásitos. Como hijo de familia muy modesta siempre estudié con becas legislativas y universitarias. Se me dio la oportunidad que no tuvo la generación de mi padre.

El Puerto Rico que le tocó vivir a Luis Muñoz Marín y a su equipo de colaboradores comprometidos me dio esa oportunidad; como se la dio a cientos de miles de puertorriqueños, incluyendo a los muchos que hoy, con mala memoria para la historia reciente, le condenan con fórmulas facilonas y académicas. En última instancia, quienes deberán responder ante la Historia son los que, beneficiándose de los productos de la obra pública de Muñoz Marín, carecen de falta de generosidad de espíritu para ser justos con la verdad completa.

# 1

## LUIS MUÑOZ MARÍN

*Robert W. Anderson*

**T**he first time I ever heard of Luis Muñoz Marín –or probably of Puerto Rico, for that matter– was back in the early 1940s in a class in Latin American history at what was at that time a “junior college” in California. As I dimly recall it, the professor described Muñoz Marín as a new and as yet unknown leader of a poverty-stricken and volatile island, with an uncanny ability to mobilize mass popular support among a people theretofore bereft of effective leadership. There was, I thought, a note of preoccupation in the professor’s presentation. This new man in the Caribbean could mean trouble; he was a little too aggressive for comfort!

How groundless did my old professor's worry turn out to be! I suppose it was natural in those days for a distant observer in the United States to see Muñoz as the inheritor of Albizu Campos' position as spokesman for a Puerto Rican nationalism which was beginning to take on effective political expression during the economic traumas of the 1930s. That's the way he was seen by some of the American colonial administrators who dealt with the island during that time. They didn't realize that they were faced not with a consummate politician who would use his enormous natural talents, and the fortuitous circumstances of his bicultural upbringing, for playing the game of colonial Realpolitik with flair and elegance.

Little did I realize back in those old junior college days that I would be spending most my adult life in Puerto Rico and that I would be on the scene observing the politics of this "potentially dangerous man." I was never in a position to witness at first hand the charm of his wit, the lash of his famous temper, or those characteristics of his strong personality which have been so voluminously set down by others. My only contact with him was as a passive spectator of his public performance; and in this context his "charisma" is seen not so much as a personal attribute but as an aura filtered through the mists of public adulation bordering, at times, on sycophancy. His success as a politician depended upon this sense of mutual identification of his persona with his public, an identification which in his heyday was spontaneous and genuine and which in these more jaded times has been substituted by the productions of media manipulation and the artificial world of "public relations".

But the joy and shouting of the "Muñoz Era" are lapsing into nostalgia. Muñoz, after all, will be remembered and evalu-

ated in the course of history not so much for what he was, but for what he did. His accomplishments are all of a piece with his innate talents as a master politician and his untransferable ability to speak the language and adjust to the realities of the United States political system and its interest in Puerto Rico at the same time that he could articulate the aspirations and sense of nationhood of the Puerto Rican masses. His virtues as a political leader were not those of the trail blazer, the innovator, or the revolutionary. There was nothing original in his "invention" of the Estado Libre Asociado, an idea which had been floating around in one autonomist guise or another for half a century at least; "Operation Bootstrap" and the commitment to administrative reform were as much the projects of Moscoso and Tugwell, respectively, as they were of Muñoz Marín; and the famous "revolution" of 1940 was a revolution sidetracked and averted rather than a revolution consummated. No, his virtues were those that Machiavelli had described centuries earlier: the ability to carry to the game of politics an attitude of rational awareness of the realities of the environment in which one is obliged to work, but which one cannot control; a distrust of inflexible ideological commitment; and a willingness to use what resources one has at hand to strengthen one's political position and to further one's political purposes, whatever they may be.

But Machiavelli knew that politics is a fickle profession and that history is relentless judge. One can be an enormously successful practitioner of the lively art yet be forgotten in the folds of history as new events, new standards, new realities overwhelm the past. Muñoz Marín's place in the history books will undoubtedly be a prominent one. It would be ironic indeed, however, if he should be seen in the future as the door opener

for Statehood, as the principal agent in making Puerto Rico politically secure for the United States and therefore ripe for the "final solution" of assimilation into the American federal empire. ironic, perhaps, but not surprising, given the predictable consequences of the Muñoz-inspired policies of industrial growth through invitation, abandonment of independence as the ultimate political goal, and permanent association/union with the United States.

For Muñoz's greatest strength was also his greatest weakness. His was a remarkable synthesis, not only of two cultures and two languages, but of political realism on the one hand and a sense of preoccupation, of purpose, of ultimate goals on the other- goals which were always framed in terms of justice and the best possible life for the people of Puerto Rico. He was a "believer" in the sense of the possibility of achievement; in the ability to square the political circle; to live with the seemingly unresolvable contradictions of Puerto Rico's colonial reality; to appreciate the essential tragedy of that reality and yet to maintain withal an optimistic equanimity.

But in the end, these tremendous political virtues and the significant successes they were responsible for have served dramatically to underscore the magnitude of that political reality which Muñoz the politician was ever so adept at adjusting to but could never, given the nature of those very talents, bring himself to overcome. "Operation Serenity" was no match for the brutal realities of a consumerist society unleashed by "Operation Bootstrap"; Puerto Rican "autonomy" and the efforts to preserve autoctonous culture seem increasingly to be desperate rearguard actions to fend off the powerful tendencies towards integration, assimilation, and the annihilation of political identity and national self-respect.

It is as if that very mastery of the political arts led Muñoz Marín and his followers to paint themselves into a corner from which only new acts of political creativity may afford a way out—unless Puerto Rico is to allow itself to fall into the Statehood trap which is being prepared by powerful forces in the United States with the aid of the proconsuls on the local scene. Puerto Rico desperately needs what my old professor thought he saw in the young and upcoming Muñoz Marín—a responsibly dangerous political leadership. It would have the kind of realistic optimism which Muñoz personified, accompanied by a sense of national purpose which could use the necessary Machiavelian political arts without in the end being dominated by them. Candor obliges me to admit that this might be much too much to ask for at this late date. But it is not in the spirit of Muñoz Marín to give up believing, or to assume that the present trough of cynicism and the alarmingly low level of political discourse will be a permanent feature of Puerto Rican political life. At the very least, the memory of Muñoz Marín ought to make us realize that politics is an activity which can be carried on with dignity and respect, both for oneself and for one's adversaries.

## 2

### EN LA MUERTE DE LUIS MUÑOZ MARÍN

*Jaime Benítez*

**L**uis Muñoz Marín se ha quedado sin tiempo –sin días y sin horas para proseguir su vuelo de poeta y de patriota. “Como una aguja sin hilo se ha quedado el pensamiento”.

La muerte interrumpe la misión cotidiana de este hombre singular –la misión de reflexionar, de aprender, de soñar, de escribir, de enseñar. La muerte interrumpe su empeño por dar testimonio de su vida, de su obra, de su época. Cumplía esta tarea hasta el viernes pasado junto a su esposa Inés –su heroica compañera de tantas luchas, como él tocada por la gracia de la poesía.



Si Luis Muñoz Rivera encarnó la experiencia de Sísifo

*Sobre los hombros echarás la mole  
La mole cuya inmensa pesadumbre  
Asusta y exaspera a los corintios*

y la verás caer, Luis Muñoz Marín vivió en sus últimos años los tormentos de Prometeo encadenado. Los sufrió discreta y valerosamente. Ni el habla mutilada, ni la vista casi perdida, ni el paso vacilante lograron limitar la lucidez de su entendimiento, la lozanía de su espíritu, la agudeza de su ingenio.

Estas graves dolencias no pudieron vencer su ímpetu creador, ni restar alegría a su espíritu, ni apagar la esperanza en su corazón. Las adversidades físicas fueron mitigadas por su constante afán en superarlas, por la devoción de los suyos, por la profunda sabiduría de su médico y amigo entrañable el Dr. Roberto Busó, y tal vez más que por ningún otro factor, por el amor de su pueblo. Su empeño apasionado de servir parecía hacerle olvidar la muerte inolvidable.

*Noble y altivo  
generoso y bravo*

luchó y padeció con valor y dignidad hasta el último instante. Frente a su cuerpo muerto, queda la savia viva de su perenne lección, de su ejemplo, de su obra inconclusa reclamando continuidad.

Más allá de las sorprendentes realizaciones a que Luis Muñoz Marín condujo a nuestro país, su vida nos señala unas exigencias y nos enfrenta a unas actitudes.

Recordemos solemnemente:

En un siglo de guerras y de violencia, Luis Muñoz Marín recurrió a las fuerzas de la paz, de la inteligencia y del derecho para luchar por las reivindicaciones de su pueblo. Prescindió de las poderosas fuerzas del odio y del rencor. Apostó su vida y su obra sobre la carta de la superioridad final de la decencia humana. No resintió la pequeñez de la isla ni las limitaciones que impuso el medio a su potencialidad de creación y de liderato. Por el contrario, situó su querencia en las zonas más vulnerables de su isla. Trascendió toda tentación de glorias internacionales por fidelidad a su compromiso con los más desvalidos entre su gente. Y sin embargo, hoy vemos alrededor nuestro personas símbolos de los perseguidos de otras tierras que en su día recibieron en la nuestra acogida fraternal y libertad.

Luis Muñoz Marín luchó por forjar una sociedad más justa en la distribución de bienes espirituales y materiales. Se esforzó en validar nuevos ideales y nuevos estilos de vida y de servicio al semejante. Se empeñó en conservar y enaltecer lo más valioso de nuestras tradiciones y de nuestra cultura.

Luis Muñoz Marín inspiró nuevos principios éticos en la vida pública y en la convivencia. Ejemplarizó un profundo sentido de responsabilidad social.

Propulsó la educación en todos sus niveles y la creatividad en todos los campos. Contribuyó a ampliar el ámbito de decisión de nuestro pueblo sobre su propio destino. Hasta la hora de su muerte batalló en ese duro proceso.

Luis Muñoz Marín combatió con denuedo las limitaciones de su pueblo: el hambre, la enfermedad, la pobreza extrema, la ignorancia, la demagogia. Le interesaba más vencer a la adversidad que a los adversarios. Trató de fortalecer los estratos de concordia en nuestra sociedad. Lo hizo sobre

la base de una mayor justicia social y humana, de una mayor vigencia de las libertades públicas y personales, de una lucha denodada y leal, sin mezquindades.

Este recuento incompleto nos da una idea del legado que hemos recibido. Nos corresponde protegerlo y adelantarlos cada uno según sus fuerzas. Si nos disponemos a hacerlo, entonces Luis Muñoz Marín no escribió sobre las aguas, ni sobre las arenas, ni vivió en vano.

Que así nos ayude Dios.

# 3

## MUÑOZ: ESE GRAN REVOLUCIONARIO

*Fernando Chardón*

**L**e voté en contra cuantas veces se postuló para senador o para la gobernación de Puerto Rico y lo hice, no porque no creyera en su grandeza, sino por razones de ideología política. Él fue autonomista y yo soy estadista. El profesar una ideología distinta a la suya, sin embargo, no me impide reconocer al gran revolucionario que hubo en Don Luis Muñoz Marín. Lo llamo revolucionario, no en el sentido peyorativo del vocablo, sino en un sentido laudatorio. Muñoz fraguó, acaudilló y llevó al triunfo una revolución incruenta de carácter social, política y, sobre todo, económica; y lo más singular de todo fue que lo logró sin hacer uso de las armas tradicionales del revolucionario: el fusil y la bayoneta. Su verbo, su palabra, sus

grandes dotes de persuasión fueron las armas que le dieron la victoria y hay que reconocer que las esgrimía con verdadero acierto. Su temple de revolucionario le llevó a revolucionar hasta la oratoria. Echó por la borda la usual retórica de nuestros viejos oradores que cargaban el legado de Castelar y adoptó un estilo sobrio, pero lleno de enjundia y al alcance del campesino. Sus discursos eran una serie de martillazos más bien que una sarta de frases bonitas y figuras del lenguaje que el campesino no comprendía. Por eso decía “jalda” en vez de “falda”. Son ambas palabras castizas, pero “jalda” llega mucho más adentro en el corazón de nuestro jíbaro. Más de una vez apagué mi radio, temeroso de que su palabra me llevara a traicionar mi ideología.

Hay no menos de una generación de puertorriqueños que sólo conoce la obra de Muñoz por referencia. Hay que haber vivido las décadas de los “dieci...”, de los “veinti...” y de los “treinti...” para darse cuenta de la abyecta pobreza en que vivían los campesinos y las masas trabajadoras puertorriqueñas. Explotados, minada su salud por las enfermedades que la pobreza prohija, sin esperanzas de mejorar su suerte, nuestras clases desacomodadas vieron en él al profeta que les ofrecía una vida mejor y le dieron en las urnas una mayoría como jamás la ha tenido político alguno en Puerto Rico. Y fue así, con votos y no con balas –como le gustaba decir–, que triunfó su revolución. El despegue de Puerto Rico por la pista de la justicia social hasta elevarse a alturas insospechadas de bienestar económico y social, fue obra de un solo piloto, y ese piloto se llamó Luis Muñoz Marín.

Tenía Don Luis, entre otros, el don de decir la frase apropiada en el momento apropiado. En una ocasión en que llegaba a Puerto Rico la Reina Juliana de Holanda, acom-